

métrica, hay que sentirlos. No es, por tanto, extraño que Pimentel haya criticado con notoria acerbidad las poesías de D. Ignacio Ramírez, sin perdonar las de D. Manuel Acuña.

En el puro arte no nos han faltado críticos excelentes, ni quienes, aspirando á tales, osaran á mayores, cazando en vedado.

Críticos de arte y de primera fuerza lo fueron D. Aniceto Ortega y D. Alfredo Bablot, el primero en la música, el segundo en la universalidad de las artes, pues dotado de especiales conocimientos y de un talento clarísimo, gozó de un gusto á tal extremo delicado, que llegó al refinamiento. Otros críticos de arte no menos respetables hubimos de contar: citemos al doctor Lucio y á D. José María Iglesias; mas



D. Manuel Eduardo de Gorostiza

éstos nunca enunciaron sus juicios al público, que los emitían con la amenidad de verdaderos artistas, en la intimidad de las pláticas.

Suele la crítica codearse con la sátira, ó tomar la acritud del epigrama, y aun hermanarse en el estudio de las costumbres.

En materia de costumbristas, es decir, de los que se han ocupado en pintar ó describir en cuadros animados las costumbres de determinadas clases de nuestra sociedad, no sólo no hemos carecido de ellos, sino que los hemos tenido excelentes, que á la gracia de la pintura han sabido unir el prestigio de la exactitud.

La producción más importante que poseemos del género es *El Gallo Pita-górico*, de D. Juan Bautista Morales, publicada bajo el anagrama de «Erasmu Luján,» que es el de su nombre. Allí, con atinada manera, se sirvió de la sátira para pintar al desnudo las triquiñuelas y bastardías de los hombres de la política, y para dibujar de mano maestra escenas de la vida social de su tiempo, llenas de cómico humorismo.

Don José T. de Cuéllar (*Facundo*) dejó alta nota de costumbrista. Consciente de su arte, sus cuadros viven y se mueven, los lineamientos de sus figuras son caricaturescos y su estilo bulle, salpicado de picores de sal y pimienta. Los artículos de costumbres de *Facundo* corren impresos en las publicaciones en que colaboró, muy principalmente en *El Renacimiento* y *El Album de Navidad*.

Como cipreses entre juncos sobresalen, en el periodismo de Yucatán, Justo Sierra y D. Manuel Barbachano. Sierra, como ya quedó dicho, fundó *El Fénix*, semanario político y de variedades, en el que el eminente polígrafo vertió los caudales de su saber y de sus talentos, y *La Unión Liberal*, periódico de concordia, llamamiento á todos los buenos yucatecos á la obra patriótica de poner término, por el esfuerzo común, á las desventuras que afligían á la península y la amenazaban de muerte.

Fué Barbachano el redactor perpetuo del órgano oficial del Gobierno de Yucatán, perpetuidad que debió á la singular flexibilidad de su pluma, virtud estupenda en época en que aquella tierra era presa de las facciones más desatentadas y en que las administraciones se sucedían como figuras de caleidoscopio, sin

regularidad alguna y sin otra lógica que la de la anarquía más desconcertada. Sostenerse, pues, en un puesto público, en aquel torbellino en que todo rodaba, arguye incontestable superioridad: era que Barbachano, tan talentoso como hábil, sabía complacer al amo del día sin agraviar al amo de mañana. Pasmosa era la facilidad de su pluma, la corrección de su estilo, la posesión del habla, cualidades que había adquirido en el Instituto de Jovellanos, de que fué alumno.

Fué también costumbrista, género en que nos atrevemos á parangonarlo con el mismo D. Ramón Mesonero Romanos, tal así es la gracia y verdad de sus escritos, como es de verse en la colección que dió á la prensa bajo el título de *Artículos de costumbres*.

Trató también de emular en esta materia á Barbachano el notable literato D. Fabián Carrillo, fácil y castizo en el decir, mas si no le quedó muy á la zaga, nunca alcanzó á igualarlo.

El periodismo político ha tenido en Jalisco esplendoroso florecimiento. Envidiable fué el que alcanzó en la época en que *El País* y *La Civilización* contendieron con el vigor y ardimiento que sólo las convicciones engendran. *El País*, órgano del partido liberal avanzado, corría bajo la dirección de un conspicuo literato y publicista eminente, contando por adversario en *La Civilización*, rey de armas de los tradicionalistas jaliscienses, á otro no menos distinguido periodista, á D. Rafael Arroyo de Anda, con quien, con no inferior talento, colaboraba otro escritor que le sobrevive y es ahora ornamento del foro de la capital.

Loarse puede Jalisco de sus aventajados costumbristas. Títulos y tiénelos de gran valía; no han muerto los mejores, y nos limitaremos á citar al que hace obra de cuarenta años escribió deliciosamente sus artículos y cuadros de costumbres bajo el seudónimo de *Fabio*, cuya real personalidad, por rara discreción del tiempo, no ha llegado á descubrirse, y á D. Joaquín Gómez Vergara, que en *Fotografías á la sombra*, libro, por desgracia, poco habido, se reveló atinado costumbrista. No fué fotógrafo, fué pintor, cuyo pincel legó á manos tan hábiles como la suya.

HISTORIÓGRAFOS, SOCIÓLOGOS, VIAJISTAS

¿La historia es literatura?

Indudablemente que sí, cuando por historia se entiende, no el simple relato de los sucesos acaecidos en determinado período de la vida de un pueblo ó de una sociedad, expuesto sin arte, sin otra mira que la de transmitir á los pósteros la memoria de tales sucesos, que esa es la crónica. La historia es literatura cuando el que la escribe se apodera de los acontecimientos y los estudia, «para reconstituir, según la pintoresca frase de M. Gaston de Boissier, una verdad de conjunto, con fragmentos de verdad.» En la historia deben, pues, entrar tres elementos del arte: objeto, modo y finalidad. No basta que un libro contenga la narración de sucesos de la mayor importancia, para que reivindique el nombre de historia; precisa que la narración, además de escrita en forma que interese al lector, aspire á un fin determinado, fin que, como en toda obra de arte, depende de las peculiares concepciones y tendencias del que las ejecuta.

Así formulada la tesis, ¿tenemos historiadores? Sí, y de excelencia suprema, aunque hasta hoy, salvo algún texto para servir al profesorado, limitados á escribir de historia nacional.

El mayor de nuestros historiógrafos es D. Lucas Alamán, quien, en sus *Disertaciones históricas* y en su *Historia de México* comprendió toda la de nuestra patria, desde la época colonial hasta la contemporánea. El estilo de Alamán es de una elegante sencillez, sobrio en la dicción y abundante en acopio de datos, y sería, sin duda, el más estimado de nuestros historiadores si su filosofía no fuera exótica, más española que mexicana. Como sucede en general, por no decir absolutamente, con cuantos se dedican á obras de ese género, la pluma de Alamán corre con frecuencia mojada en la tinta de sus pasiones, de sus personales odios ó afectos, odios ó afectos que son natural producto de sus ideales políticos. Fuera de esta tacha, que es dudoso sea exclusivamente suya, los trabajos del insigne estadista demuestran la suma de sabiduría de que estaba dotado, y el gran conocimiento que atesoraba de nuestros hombres y nuestras cosas.

Don Carlos María de Bustamante, con sentimientos contrarios á los de D. Lucas Alamán, escribió la historia de la guerra de emancipación, con el título de *Cuadro histórico*. Testigo presencial de muchos de

los sucesos que relata, es en lo general verídico. Carece del frío reposo del historiador, su criterio suele mostrarse infantil, el estilo es poco cuidado, más que llano, familiar, y por esto, así como por la vehemencia de sus frecuentes arrebatos, su historia merece más el calificativo de *Memorias*.

El *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México*, de D. Lorenzo Zavala, es documento irrefragable de la sinceridad que caracterizó á este personaje. Actor de los más principales en un período no corto de la historia nacional, de 1821 á 1835, no excusa sus propias faltas, sino que las condena como juez severo, sin efugios ni atenuaciones.

La obra está escrita con sencillez, claridad y franqueza, y con gran elevación de miras; es más filosófica que narrativa, y Zavala habría sido un admirable historiógrafo á no haber historiado acerca de sucesos á que no fué extraño.

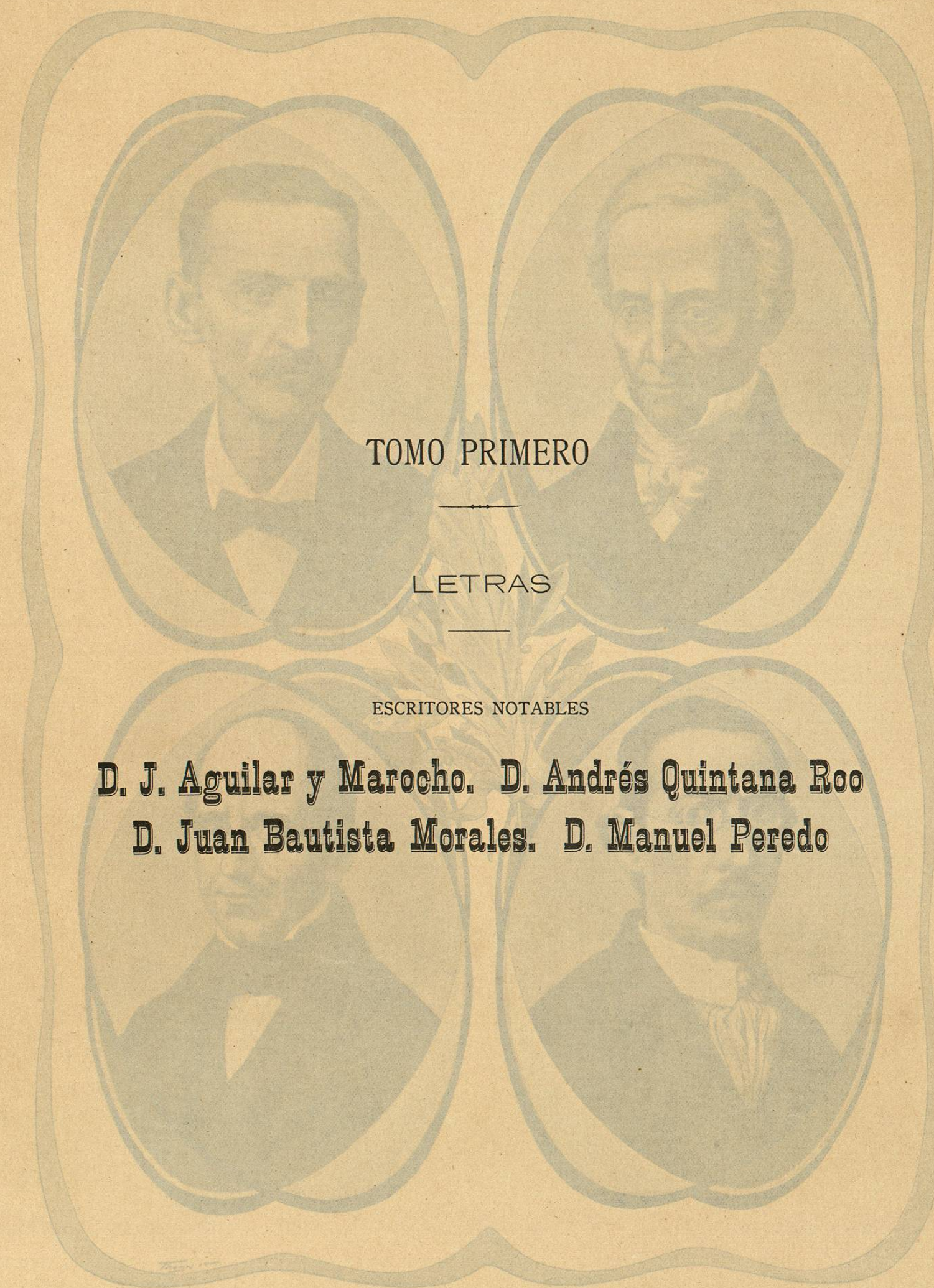
El Dr. D. José María Luis Mora corre por la misma pista que Zavala, en su obra: *México y sus revoluciones*, que es más libro de sociología que de historia, puesto que toma á ésta como ocasión para disertar ampliamente sobre las causas productoras de nuestros vernáculos disturbios, de nuestra lenta transformación nacional y de los embarazos obstruccionistas de nuestro adelanto, y para proponer los medios de práctica solución á tan ingentes problemas. Mora es un profundo pensador, un gran mexicano, que pone talento y corazón al servicio de la patria, movido por el santo deseo de asegurar sus destinos. La memoria del ilustre patricio, si no vive, debe vivir en el alma de sus conciudadanos, reclamando un monumento que exteriorice el homenaje de la gratitud nacional.

Con el título de *Reseña histórica*, D. José María Tornel dió á la estampa un libro que abarca un buen período de la historia nacional, el cual libro contiene documentos de alto interés público, noticias de sucesos que, por el papel que desempeñó en la política, estuvo en condiciones de conocer mejor que nadie, y revelaciones que explican hechos que, sin ellas, pasarían por incomprensibles. Este trabajo, escrito en galano estilo, por lo que hay en él de personal y de íntimo, tiene más el carácter de *Memorias* que el de historia propiamente tal.

Político-sociológico es el libro del eminente hombre de Estado de la afiliación conservadora, D. Luis G. Cuevas, informado por un criterio pesimista. *El porvenir de México* es el descargo y defensa del régimen estrecho del tradicionalismo, obstinado en cerrar el acceso á las innovaciones, al sistema franco y abierto de la tolerancia, de la libertad en política como en religión. Distinguese esta obra por su correctísima dicción, la viveza del estilo y el acento de convicción que en ella domina, tal, que sus paralogismos parecen á primera vista razonamientos incontestables. Cuevas era un dialéctico de fuerza y un carácter.

Ibamos ya olvidando á dos sapientísimos varones que consagraron labores importantes á la historia nacional: D. Manuel Orozco y Berra y D. Joaquín García de Icazbalceta. Historió el primero con copiosa erudición y prudentísima exégesis sobre la antigüedad mexicana y sobre el período más brillante de la colonia. Sus trabajos son consultados como documentos clásicos, pues Orozco y Berra satisfacía á todas las condiciones que en el historiador deben concurrir: ciencia circunstanciada de los acontecimientos, recto juicio y ánimo imparcial. Icazbalceta, español de origen, fué aquí en México donde se formó, donde desarrolló sus singulares capacidades, donde contrajo los vínculos de afecto que á esta tierra lo ligaran y á la que pagó crecido tributo de cariño, haciendo de su vida útil, laboriosa y honrada, dechado de las mejores virtudes cívicas. Escribió numerosas monografías sobre la historia de México, que está editando, con las obras de Orozco y Berra, el conocido literato y periodista D. Victoriano Agüeros.

De la obra monumental: *México á través de los siglos*, D. Vicente Riva Palacio, bajo cuya dirección se publicó tan importante trabajo, escribió el tomo segundo, en el que se acreditó digno de competir con los historiadores de más renombre por la acuciosidad con que acumula los datos, el desembarazado criterio con que los analiza, el agradable modo con que narra los hechos y la imparcialidad con que juzga á los personajes. Don Juan de Dios Arias ensayábase en escribir el tomo cuarto de la misma obra cuando la muerte arrancó la pluma de su diestra, apenas escritas las páginas primeras, que nos dejó como vislumbre de una promesa frustrada. Hubo, por fortuna, mano entendida y discreta que recogiera la pluma de Arias, y apoderándose de su concepción, continuara y concluyera la iniciada labor.



TOMO PRIMERO

LETRAS

ESCRITORES NOTABLES

D. J. Aguilar y Marocho. D. Andrés Quintana Roo
D. Juan Bautista Morales. D. Manuel Peredo